—Lo primero que se necesita es ir al país de los sueños de oro...

—¿En dónde está? Voy corriendo.

—He ahí el inconveniente. No se sabe nunca de antemano, y precisamente por esto tiene mérito descubrirlo.

—Tú serás lo bastante amable para prevenir á tu padre de que el Sr. Raynaud está en París y de que se propone ir á verle muy pronto. Dicho esto, vuelvo á mis negocios y os dejo entregados á vuestras distracciones.

—Folentin, procura descubrir una mina de petróleo y méteme en el negocio.

—No todo se reduce á minas de petróleo, Mauricio—dijo el Barón—, y si quieres sentar la cabeza yo te colocaré en mi casa.

—Sí, para raspar cuentas y contar luises. No. Háblenme de una especulación inmediata, de un golpe de las mil y una noche como el negocio de Valentín; pero no de otra cosa.

—Vamos, un milagro. Eso sucede muy raramente, amigo mío. Por lo general, no se llega á la fortuna más que con mucho trabajo y con mayor paciencia. Vaya, hasta la noche...

Estrechó la mano á Condottier, besó á su mujer en la frente y se fué. Rosa permaneció pensativa. Ni las bromas de Mauricio, ni las amabilidades del Marqués, consiguieron desfruncir su entrecejo. La brusca reaparición de Valentín Raynaud la preocupaba. En los dos años que había estado fuera solo oyó hablar de él muy vagamente. Su padre recibía con mucha regularidad noticias del antiguo capataz, pero nunca decía nada respecto á la situación de Valentín. Por su parte, Rosa tampoco preguntaba; no le agradaba recordar la conversación última que le había descubierto todo cuanto Raynaud tenía interés en ocultar.

Se acordaba perfectamente de que en aquella discusión de principios con el compañero de su infancia ella se había quedado muy á la zaga. Volvería á verle grave y apasionado, y sentía de nuevo la impresión de asombro, casi de irritación, que experimentó al creerse dominada por aquel á quien siempre considerara como un subalterno. La verdad era que se había equivocado grandemente al juzgar á Valentín; pero era ya demasiado tarde para modificar sus ideas y sus proyectos. En otro tiempo había tratado de rebajarlo para salvar al menos su amor propio, y ahora reaparecía poseedor, según se desprendía de lo dicho por Folentin, de una de las dos fuerzas que á juicio de la Baronesa eran indispensables para la soberanía mundana: una gran fortuna. Rosa se sintió orgullosa de que un hombre como aquel hubiera fijado sus ojos en ella, y deseó volver á encontrarse en su presencia.

Al parecer, Raynaud tenía menos prisa porque ya iban muy cumplidos quince días desde que Folentin había anunciado su llegada y Rosa es-

peraba aún la deseada visita. Pensó que el antiguo empleado de Prévinquieres, orgulloso con su fortuna recientemente adquirida, se presentaría como un triunfador, y se había propuesto tratarle duramente para demostrarle que el poder del dinero tiene también sus límites y vió que, lejos de pretender humillarla, Valentín huía de ella.

Pronto se sintió molestada por el despecho, y las buenas intenciones se modificaron. Mas lo cierto era que Valentín ocupaba plenamente el pensamiento de la Baronesa. Por fin, una mañana su padre le dijo por teléfono:

—Esta noche come con nosotros Valentín Raynaud. Ya sabes que tanto tú como tu marido estáis invitados.

Hacía quince días que Rosa estaba comprometida para asistir á otra comida; pero la tentación era demasiado grande. Inmediatamente, y sin consultar á Folentin, contestó aceptando, y preguntando solo á título de información:

—¿Sois muchos, ó se trata de una comida en familia?

—Duburle y tu hermano. Nadie más; de modo que no tienes necesidad de vestirte.

—Será preciso aceptarme en traje de recepción. Tengo que ir á casa de los Roccanera.

—Te recibiremos como vengas.

Rosa no tenía intención de ir á casa de los Roccanera, en donde se aburría soberanamente,

porque en el salón del Duque se reunía la sociedad más monótona y grave de París; pero desde el primer momento había decidido presentarse ante Valentín Raynaud en todo su esplendor. Llegó tarde; quería que todos estuviesen reunidos cuando entrase. A la primera mirada vió á Valentín que, modestamente y de pie en uno de los rincones del salón, hablaba con Duburle. Se dirigió resueltamente á él con el rostro resplandeciente y la mano extendida. El la acogió inclinando la frente con un saludo ceremonioso, y apenas rozó con los labios los dedos que un Condottier hubiera besado ardientemente. Rosa fué la primera que habló.

—Me alegro mucho de su vuelta, señor Raynaud, y tengo la seguridad de que papá está contentísimo. Parece ser que ha tenido usted fortuna. Ya me lo contará. ¿No es cierto? Debe ser muy interesante.

Haciendo un esfuerzo, Valentín contestó:

—No crea nada de eso, señora; todo eso no tiene importancia; la casualidad lo ha hecho todo. Evans y yo buscábamos un terreno para construir, y haciendo excavaciones nos encontramos con el petróleo. Ni más ni menos.

—Es verdaderamente curioso que esas cosas no les pasen nunca á los imbéciles. ¿Y las fuentes, son abundantes?

—Si no disminuyen, son casi las más productivas.

—¡Bravo! es un gran recurso para los automóviles.

Al dar las ocho se sentaron á la mesa, y Rosa pudo examinar á Raynaud con detenimiento. Le encontró cambiado y mejorado. Había elegido un buen sastre y estaba vestido con sobria elegancia. Parecía más delgado. El viento de las llanuras y el aire del mar había bronceado su rostro. Parecía más joven que cuando se marchó. Durante la comida habló poco, y solo cuando le interrogaban. Prévinquieres le miraba con satisfacción, en la que se mezclaba una gran tristeza; la de no haber casado á la hija con Valentín. Pero lo hecho no se podía deshacer. Después de comer pasaron al saloncito de fumar, y Duburle, que sentía el horror del tabaco, se quedó con las señoras. Rosa le dijo:

—Padrino, usted que entiende de estas cosas, me explicará lo que es un negocio de petróleo.

—Querida mía, es muy sencillo. Pongamos por ejemplo la «Rowland-oil Company», que está dividida en acciones de veinticinco francos. Cada acción produce cuatro ó cinco francos por mes.

—Esto es un doscientos cincuenta por ciento.

—Calculas admirablemente; no en balde eres la mujer de un banquero.

—Vaya, no se burle usted y dígame. Cuando en vez de dividirse en acciones los pozos de petróleo son explotados por su ó sus propietarios...

—Entonces son millones de beneficio al mes.

Es un negocio más grande que el de las minas de oro. Hoy no se conoce nada mejor para hacer una fortuna enorme con gran rapidez.

—¿Entonces, Valentín Raynaud?...

—No sé á cuanto asciende su participación en la *Evans-oil*.

—¡Ah! ¿Se llama la *Evans-oil*? ¿Y porqué no la Valentín-oil?

—¡Qué quieres!, cortesía con el asociado indígena, finura local. Por lo que en la Bolsa se murmura, la cartera de ese muchacho debe estar bien repleta.

—Pues no ha cambiado nada.

—¿Qué querrías que hiciese? Raynaud no es ningún imbécil, y no era de esperar que se pusiese en el chaleco botones de brillantes. Vive en Palace-Hotel, pero piensa comprarse una casa. Hablaba de eso cuando tú has llegado.

—¿Piensa establecerse en París?

—Sí.

—¿Piensa retirarse tan pronto?

—¿Retirarse, porqué? ¿Es que en París se trabaja menos que en otras partes? Se trabaja de otro modo, pero se trabaja también; y para un hombre como Raynaud, acostumbrado á los negocios, hay mil modos de ocuparse útilmente. Además, cualquiera que tenga dinero, y esto le ocurre á él, puede prestar servicios inmensos ocupándose en obras sociales. En esto no hay nada hecho. Los reyes debían llevar á cabo las

reformas que son indispensables. Pero los soberanos ya tienen bastante con defender su trono, y no les queda tiempo para otras cosas. Será necesario que un filántropo riquísimo tenga un día la humorada de emprender esa tarea formidable y espléndida. Carnegie la ha empezado en América... Necesitaríamos un Raynaud en Francia.

—Pero, padrino, ¿será socialista?

—Sí, y confieso que será para mí un gran motivo de alegría ver un capitalista, un burgués, un patrono que empieza aplicando las reformas que esos charlatanes insubstanciales é incapaces prometen desde la oposición y se apresuran á olvidar cuando llegan al poder... ¡Qué cuadro!

—Vamos, usted es un reaccionario empedernido.

—Vamos, niña; á mi edad, con mis gustos y tradiciones, ¿querías que defendiese el reparto?

Los fumadores volvían y la conversación cambió. Prévinquieres preguntó con gran curiosidad á Valentín cosas referentes á la industria americana. Este respondía claro, reposadamente, sin exageración en la alabanza ni en la crítica, pero con una rotundidad que impresionó profundamente á Folentin. Mauricio expresó vivamente el deseo que sentía de irse al Nuevo Mundo.

—Pues bien, Mauricio—dijo Raynaud—; si quiere usted marcharse, y su familia no se opone, no hay nada más sencillo que irse á reunir en Pittsburgo con Evans. Le recibirá con gran satisfacción, y si desea ocuparse en negocios no le será difícil dirigirle...

—¡Ah! Si esto fuese posible—exclamó Prévinquieres con entusiasmo—Valentín, con ello me prestaría el más señalado servicio. Sí, arrancar á ese muchacho de la ociosidad y hacer de él un hombre como es debido, esto es, volverle á su verdadero destino, que no es otro que trabajar como han trabajado todos los Prévinquieres...

—Hasta ahora—dijo Mauricio—cuanto se me había propuesto era cosa muy distinta. No se me ha hablado más que de entrar en un despacho ó de vigilar obreros en la fabrica... Pero ir á un país nuevo, ocuparse en grandes trabajos y con una actividad constante, es cosa que vale la pena de emprenderse...

—Nada, ya está entusiasmado—dijo Rosa sonriendo.—¿Cuándo embarcas?

—Cuando quiera Valentín. Aquí hago una vida de imbécil, y estoy dispuesto á probar que no soy tonto de remate; que no soy un cualquiera.

—Y ¿quién es ese otro cualquiera?—preguntó burlonamente Folentin.

Mauricio dijo:

—Supongamos que seas tú.

Folentin hizo una mueca. Le gustaba decir impertinencias, pero detestaba que se las devolviesen.

—Y ¿quién será tu comanditario, querido?—agregó, pensando tomar el desquite en el terreno financiero.

—Raynaud; estoy seguro—exclamó el joven.

Una oleada de sangre subió al rostro de Valentín. Se volvió hacia Mauricio, y con voz que la emoción hacía temblar dijo:

—Le doy las gracias, Mauricio, por haber tenido confianza en mí. Con efecto, me será muy grato y muy fácil devolverle un poco del apoyo que los míos y yo hemos recibido siempre de los suyos. Cuanto soy se lo debo á su padre, y no lo olvidaré nunca; de modo que por mucho que haga para serle útil, siempre me creeré obligado á más, y con ello no agotaré todo mi agradecimiento.

—Bueno, bueno; no hablemos de esto—dijo Prévinquieres.—Es preciso que la resolución de Mauricio no parezca un capricho. Un poco de reflexión dará más fijeza á sus proyectos. Demos por sentado, Valentín, que acepto sus ofrecimientos, pero metálicamente yo atenderé á todas las necesidades. No tendremos que molestar á nadie.

Al decir esto dirigió una mirada de reproche á Folentin; pero el Barón solo entendía lo que quería entender, y dirigiéndose á su mujer le dijo:

—Querida, si quieres ir á casa de los Roccanera, me parece que ya debemos retirarnos...

—No—dijo Rosa con resolución.—Me aburro mucho en esa casa... estoy muy bien aquí. Señor Raynaud, ¿quiere usted contarnos cómo se decidió á comprar los terrenos de Chiquito? Porque es en Chiquito donde están sus pozos, ¿verdad?

—Querida—dijo Folentin con acritud—abusas de la complacencia del Sr. Raynaud. No haces más que hablar de sus petróleos, y serás muy capaz de pedirle acciones...

—Y ¿con qué las pagaría?—replicó Rosa alegremente.—¿Acaso tengo dinero? En cuanto reuno unas pesetas se van corriendo á casa de la modista... Mi marido tiene razón, Sr. Raynaud—agregó suspirando.—Necesitaría descubrir una mina... Me asociaré con Mauricio, y cuando haya ganado millones me dará una parte.

—Cualquiera que te oyese—dijo Folentin—se figuraría que no tienes una peseta. Afortunadamente me conocen y saben que te doy...

—Estrictamente lo superfluo.

Y haciendo un gesto para imponer silencio á su marido, se volvió hacia Raynaud y le dijo:

—Vamos, Valentín, le escucho.